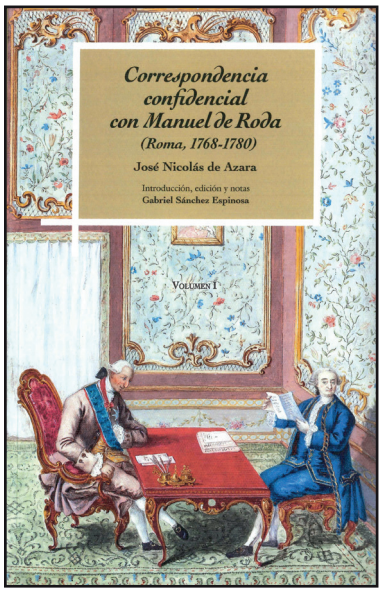
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo
Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII
Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687
nº 31 (2025)

José Nicolás de Azara (2024), *Correspondencia confidencial con Manuel de Roda (Roma, 1768-1780)*, Zaragoza, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Institución Fernando el Católico, 1464 pp. en 2 vols. Introducción, edición y notas de Gabriel Sánchez Espinosa.



En el año 2000 Antonio Mestre, en un trabajo titulado «La carta, fuente de conocimiento histórico», afirmaba que los epistolarios se han convertido para el historiador en una fuente de conocimiento de primer orden, y destacaba el valor singular de la correspondencia confidencial, ya que «permiten esclarecer las relaciones de amistad o antipatía entre individuos o grupos, tanto en el campo político como cultural». Avala la opinión del profesor Mestre su edición del Epistolario más extenso del Setecientos español: los veintiséis volúmenes publicados de la correspondencia del ilustrado valenciano Gregorio Mayans.

Agente de Preces en Roma desde 1765, el aragonés José Nicolás de Azara fue, desde su privilegiada atalaya, un atento observador de cuanto sucedía en los Estados pontificios. Azara adopta una perspectiva regalista y antijesuítica, que comparte con su amigo —aragonés como él— Manuel de Roda, Secretario de Gracia y Justicia. En 1846 se publicó su correspondencia particular con Roda con el título *El espíritu de don José Nicolás de Azara descubierto en su correspondencia epistolar con don Manuel de Roda*. La publicación disgustó a sus herederos, en especial al carlista Agustín de Azara, hijo de Francisco Antonio, hermano de José Nicolás, quien puso en duda la autenticidad de la correspondencia, que mostraba a un Azara procaz, a la vez que crítico con la Santa Sede. A modo de repa-

CC BY-NC-SA http://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2025.i31.48

ración, en 1849 se publicó una biografía manipulada y carente de rigor, encargada por Agustín de Azara al bibliotecario de Madrid Basilio Sebastián Castellanos. El propósito de dicha obra no era otro que encubrir el antijesuitismo de Azara y su pensamiento regalista, dos de los rasgos más característicos del ilustrado aragonés.

Atraído por el perfil de Azara como personaje público representante de la ilustración española, en 1945 el historiador jacetano Carlos Corona Baratech le dedicó su tesis doctoral, en la que califica la biografía de Castellanos de «prodigiosamente apologética». Fue el primero en reconocer como innegable el valor —«fuente de primer orden para el conocimiento de la política de camarilla y de intrigas de la Corte Romana»— de su correspondencia con Manuel de Roda. Rafael Olaechea superó la aportación de Corona en los dos volúmenes que dedicó a las *Relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del siglo XVIII*, donde los Agentes de Preces Gándara, Roda, y en particular Azara, figuran estudiados con gran brillantez. Olaechea prosiguió más tarde su labor con magníficos y muy documentados artículos sobre el complejo período (1784-1798) durante el que Azara fue embajador en Roma y sobre su actividad como literato y mecenas.

Amplió el conocimiento del diplomático aragonés la edición por María Dolores Gimeno Puyol de las más de mil cartas —en su mayoría, inéditas y anotadas por Gimeno con extraordinaria erudición— que escribió Azara, desde su nombramiento en 1784 como ministro de España ante la Santa Sede hasta su fallecimiento en París en 1804. Publicada (2010) por Castalia, resulta una obra indispensable para cualquier estudioso de la segunda mitad del Setecientos.

No menos notable es la labor de Gabriel Sánchez Espinosa como analista (1997) de la biblioteca del ilustrado aragonés, de su labor como traductor (1999), y editor (2000) de sus *Memorias*, en cuyo estudio introductorio anticipa su edición de las 528 cartas publicadas a mediados del siglo XIX con el ya citado encabezamiento de *El espíritu de don José Nicolás de Azara*, tituladas con mayor acierto en esta ocasión como *Correspondencia confidencial con Manuel de Roda*, y que abarca el período (1768-1780) inmediatamente anterior al que comprende la edición de Gimeno Puyol. Como bien señala Sánchez Espinosa, «esta correspondencia confidencial llegó a rozar los límites de lo que se podía decir en su tiempo».

En los inicios de 1768 la correspondencia entre Azara y Roda prestó gran atención a la expulsión de los jesuitas de Parma y Nápoles, prueba de la determinación de la familia Borbón frente a Roma. Azara se muestra reticente en cuanto a Francia, ya que en su opinión los jesuitas, pese a la disolución de su orden, seguían siendo muy influyentes, pues «enseñan, confiesan y predican públicamente». Antijesuita convencido, al igual que Roda, consideraba indispensable la extinción de la Compañía, sin la que juzgaba «es quimera esperar vivir con sosiego».

El regalismo militante de Azara —admirador de Pombal, a quien consideraba «el hombre del siglo», por haber señalado el camino que procedía seguir al «cortar las cabezas de la hidra»— brilló con fuerza tras el breve *Alias ad apostolatus* (30 de enero de 1768), conocido como *Monitorio de Parma*, por el que Clemente XIII condenaba la legislación regalista del ducado y excomulgaba, entre otros, al sobrino de Carlos II, el infante y duque Fernando. Azara lo tildó de «declaración de guerra espiritual» y lo atribuyó a la influencia de los jesuitas: «estos diablos tienen medio inclinado al Papa a que continúe las hostilidades». En su correspondencia confidencial se mostró partidario de amagar con una acción militar, como hicieran en otro tiempo Fernando el Católico, Carlos V o Felipe II. El 18 de mayo de 1768 hablaba de no irse por las ramas y acometer directos al tronco, y recordaba que en 1556 el duque de Alba se dirigió con doce mil soldados a Roma, donde entró en septiembre de 1557 para doblegar a Paulo IV. La ocupación de los enclaves pontificios de Benevento por Nápoles y de Avignon por Francia como represalia fueron para Azara

acciones poco eficaces, pues en su opinión procedía una acción de fuerza de envergadura. Cuando el Consejo de Castilla, en consulta de 22 de febrero de 1768 prestó todo su apoyo a Parma, Azara manifestó a su corresponsal su satisfacción: «¡cuánto bien nos ha de venir de la expulsión de la carcoma que nos roía las entrañas!». Gran defensor del «exequátur regio» —restituido en enero de 1762 para que el Consejo examinase las disposiciones pontificias, revocado en julio de 1763, y de nuevo vigente en junio de 1768 con motivo del Monitorio— Azara lo celebró como disposición necesaria para poner freno a esos «canallas que nos han enredado por tanto tiempo».

Una ruptura con Roma representaría para Azara una liberación («salgamos de una vez de estado de bestias al de hombres»). Su opinión de que los jesuitas habían instado al Papa a publicar el Monitorio resultó de peso para que, a la muerte del Nuncio en Madrid, se considerase la oportunidad de insistir en una antigua reivindicación regalista: el cierre del tribunal de la Nunciatura, que Azara tenía por «insufrible», pues si no se clausuraba «tiña tendremos para in aeterno». Partidario de acelerar las reformas regalistas, además de la eliminación del tribunal del Nuncio, defendía la abolición de las tasas por dispensas matrimoniales, el fin del derecho de asilo («el imperio que tienen sobre la canalla con su bendita inmunidad»), y la aprobación de la ley de amortización: «Mientras no les lleguemos más de cerca a la bolsa, y a la persona, no hay que esperar que hagan bondad». Azara hablaba de «un río de oro» que desde España fluía en dirección a la Santa Sede.

Su perspicacia y socarronería aparecen en multitud de ejemplos. Cuando en la primavera de 1768 se hablaba en Roma de la posible sustitución del Secretario de Estado, el projesuita cardenal Torregiani, por el también partidario de la Compañía cardenal Rezzonico, Azara le transmitía a Roda que «mudaríamos de sastre, pero no de ladrón».

El cónclave de 1769 que debía elegir al sustituto de Clemente XIII ocupa un lugar destacado en la correspondencia. Lo incierto de su resultado es motivo de gran preocupación, ya que «los jesuitas han conseguido mancomunar su causa con la del gobierno romano». Son de mucho interés sus opiniones sobre posibles candidatos y sobre el ceremonial propio del acontecimiento, a cuyo inicio asistió «para que no me lo contaran». También Roda lo había presenciado en 1758, cuando se hallaba en Roma como Agente de Preces. Le resultaba difícil a Azara dar con un buen candidato en un colegio cardenalicio que describía como «una cofradía toda compuesta de muchos tontos, algunos locos, y con un partido de jesuitas en medio, el mayor sin duda». Su ironía estaba siempre presente: los dos cardenales españoles asistentes —Solís y de la Cerda— son objeto de chanza, tanto cuando se refirió a la llegada con gran aparato del cardenal Solís, «todo guisado con la salsa andaluza», como al afirmar que «será difícil que el Espíritu Santo se asiente sobre ninguna de sus cabezas». En sus cartas abundan los comentarios sobre los trapicheos e intrigas en el cónclave, en el que resultó elegido Ganganelli. Para Azara, Clemente XIV había sido proclamado Papa gracias a «solos los Rezzonicos y jesuitas».

Azara tenía una elevada opinión de sí mismo: no olvida citar lo sucedido cuando el Gran Duque de Toscana, Pietro Leopoldo, y su hermano, el emperador José II, visitaron Roma durante el cónclave y Azara supo que, tras haber mantenido una conversación con el Gran Duque, este había comentado, con ocasión de su audiencia en Villa Medici, que el Agente de Preces era el personaje que mejor impresión le había causado de cuantos había tratado en Roma; o cuando fue premiado en 1773 con plaza sin sueldo en el Consejo de Hacienda, un «chasco» según reveló a su corresponsal, tras compararse con Fernando Magallón, designado Consejero de Indias: «veo que Magallón es consejero entero de Indias y yo capón del último consejo».

Azara alardeaba de sus excelentes fuentes de información: «si quisiera, no se haría nada en Roma que yo no lo supiese, porque tengo medios para todo». A diferencia de lo

ocurrido durante el cónclave de 1769, Floridablanca no pudo contar con la asistencia de Azara con ocasión del que se celebró entre 1774 y 1775 para elegir a Pío VI, pues el Agente de Preces había dejado Roma en junio de 1774 y viajado a España con licencia. Azara regresaría a Roma dos años más tarde, en agosto de 1776.

Tras la elección de Ganganelli como Clemente XIV, Azara desconfió que llevara a cabo la extinción de la Compañía, por más que durante sus audiencias, que refiere a Roda, le insistiera en su intención de suspender la Compañía «con tanta franqueza que todos bailan de contento». Las promesas del nuevo Pontífice eran sino «pantominadas», «bufonadas» o «vanas promesas».

Como puso de manifiesto Rafael Olaechea, sus relaciones con el embajador Azpuru fueron pésimas. Cuando a principios de 1770 la enfermedad de Azpuru le impidió atender sus obligaciones, la correspondencia de oficio pasó a ser gestionada por su secretario Igareda, pues el embajador se negó a que lo hiciese Azara, quien en sus cartas a Roda comentaba el lamentable estado en que se encontraba Azpuru y su intención de considerar la posibilidad de su retiro por sentirse como un apestado hasta la renuncia del embajador en enero de 1772.

Tras el breve paréntesis de Lasaña, Azara esperaba al nuevo embajador Moñino con impaciencia, confiado en su «erudición murciana» que, en su opinión «hará fortuna aquí y ahí». Según Azara, gran conocedor del laberinto romano, el nuevo embajador en pocos días ya había descubierto lo que para él era una «sentina de iniquidad».

Los sucesivos aplazamientos de Clemente XIV fueron motivo recurrente en la correspondencia con Roda, así como su sintonía en lo referente a la presión que Moñino ejercía sobre el Pontífice para lograr la extinción. En caso de nuevas dilaciones se estaba en disposición de «empuñar el garrote, ya que la demasiada cortesía no ha servido de nada». Entre Moñino y Azara había, sin embargo, diferencias de carácter: mientras el primero era, en opinión del propio Agente de Preces, hombre de «testa freda e cuore caldo», Azara se reconocía como impulsivo, «porque no soy dueño de mi sangre, que se me enciende con facilidad», y comunicaba a Roda su impresión de que Clemente IV obraba con España de mala fe. Azara no simpatizó con Zelada, encargado por el Papa de redactar el borrador del breve de extinción. Cuando la elección de Zelada se confirmó, Azara transmitió a su interlocutor su enorme decepción, y que estaba dispuesto a solicitar su ingreso en el «hospital de los incurables». Para el Agente de Preces, Zelada no era sino un trepador carente de escrúpulos, opinión que mantuvo siempre. No obstante, al divisarse en 1773 el horizonte de la extinción, parecía haberse despejado: «se ve el higo maduro, pero no acaba de caer del árbol».

Tras manifestar su alegría y dar gracias a Dios por haber acabado por fin con la Compañía (19/8/73), Azara ofreció en su correspondencia particular con su amigo Manuel de Roda un pormenorizado relato del desarrollo de la extinción en Roma. Fue testigo de la conducción del General de la Compañía hasta el castillo de Sant'Angelo, donde permanecería hasta su muerte en noviembre de 1775 y calificó de sediciosos los escritos que corrieron por Roma calificando de simoniaca la elección de Clemente XIV.

En la etapa en que Grimaldi fue embajador en Roma, la asistencia de Azara a su labor, como buen conocedor de la política vaticana, fue menos cercana que la prestada a Moñino. En sus cartas dice haberle acompañado a sus audiencias con Pío VI «en calidad de su tirapié».

Roda falleció el 30 de agosto de 1782. La última de las cartas recogidas en el epistolario lleva fecha de 28 de diciembre de 1780. Fiel a su costumbre, en ella hacía referencia a las corruptelas de la corte romana, traduciendo al italiano el refrán «el que tuvo, retuvo» («chi a avutto, a avutto»).

En la edición de Sánchez Espinosa se echa a faltar la correspondencia de Roda con Azara en respuesta a las le dirigió este, custodiadas en el Archivo de la Provincia jesuita de Toledo, y en el Archivium Historicum Societatis Iesu de Roma, que comienzan el 1 de julio de 1765 y llegan hasta el 13 de marzo de 1781. Constituyen un conjunto de 190 cartas, que se encuentran en avanzado proceso de edición por el que suscribe esta reseña.

Enrique Giménez López
https://orcid.org/0000-0002-3653-7235